

## EL RELOJERO

Todo el mundo conocía al relojero. No había reloj en la ciudad que él no hubiera hecho. A todos los conocía como si fueran sus hijos, y a todos los quería. Todos a él acudían cuando sus relojes no funcionaban como deseaban. El relojero, médico de engranajes, escuchaba a sus pacientes, los cuidaba y sanaba. Decíase que no era humano, que funcionaba con engranajes y tuercas, y que en su mente no había más que resortes y muelles, que con los relojes hablaba, que no escuchaba al hombre sino a la máquina, a la que amaba más de lo que nunca había amado a ninguno de sus semejantes, que siempre solo en su casa estaba, que lo único que en ella se oía era tic-tac-tic-tac... hora tras hora, día tras día. ¿Acaso esto importaba? No. Tenía sus instrumentos, su taller su música tic-tac-tic-tac... No había hombre más famoso que él. Todo el mundo decía conocerle, cada uno a su manera. Pero qué poco le conocían en realidad. Tan célebre y tan insignificante a la vez. Nadie sabía su nombre. Solo era el relojero. Y él no quería nada más. No quería tener un aprendiz al que enseñarle su oficio, solo sus relojes y su tic-tac-tic-tac... Si se quería hablar con él, había que iniciar la conversación, y no esperar demasiado de ella, pues solo sonreía y se iba. Jamás se os ocurriera hablarle mientras trabajaba, mientras sus dedos se movían ágilmente sobre los engranajes, presionando botones, tocando los ejes, moviendo resortes. Entonces sus ojos, normalmente tan amables y dulces, se alzaban de su importante trabajo, y taladraban con furia al hombre que había osado interrumpirle, el cual callaba avergonzado por la terrible falta que acababa de cometer, rogando, sin atreverse a hablar, el perdón de aquel inexplicable ser que nunca hablaba con nadie.

¿Quién era el relojero? ¿Qué había más allá de las puertas de su taller? ¿Conjuraba al Diablo en su trastienda para hacer los relojes más maravillosos que ha habido jamás? Cuántos hombres han deseado que eso fuera cierto para quitarle mérito, cuántos se han apoderado sus creaciones, cuántos quisieron atribuir su talento a una fuerza sobre natural, negándose a aceptar que un hombre, no tan distinto a ellos, había logrado una creación divina.

Hubo una sola persona que se interesó por el relojero, un pequeño niño, huérfano, que vivía de lo que podía. Él era lo más parecido a un aprendiz que nunca tuvo el relojero, traía la comida, lavaba la ropa, limpiaba el taller... solo cuando el relojero se lo indicaba. El niño solo deseaba aprender. ¿Pero qué le importaba eso al relojero? Nunca sería un digno aprendiz. Nadie sería un digno aprendiz, digno de compartir sus secretos. Y sin embargo eran tan pesados, tan dolorosos, tan terribles, demasiados para un solo hombre, pequeño e insignificante. Pobre relojero, tan solo estaba. Ni siquiera con su ayudante hablaba. Aislado en su mundo mecánico, frío y brillante como el metal, siempre solitario.

El muchacho observaba. Observaba y callaba, esperando. ¿A qué? Ni él mismo lo sabía. Tal vez a que algún día ese hombre extraordinario se diera cuenta de que estaba allí. Que sí era digno de aprender. Que podía ser su sucesor. “Sería un buen estudiante” decía “Sería eficiente, nunca hablaría y guardaría los secretos. No tengo nada que perder, estoy dispuesto a sacrificar lo que me pida. Usted querrá que su linaje continúe. No encontrará mejor opción que yo”

Así decía el muchacho. Y en su mente estos discursos convencían al relojero y este le enseñaba sus misterios. En su mente se hacía mejor que el relojero, poseía un talento increíble. Sus relojes eran encargados por los hombres más importantes del país, del continente, del mundo. Y el relojero, ¡cómo le miraba!. Qué orgulloso estaba de él... Pero luego se posaba de nuevo en la realidad y volvía a ser solo el chico de los recados. Un pobre huérfano que jamás se atrevería a realizar semejante petición a un hombre tan grande, más grande que reyes y emperadores. “Porque claro”, se decía, “ellos no pueden hacer estos relojes, por lo que nunca serán felices. Siempre tendrán envidia de mi maestro”. En su infantil imaginación no cabía la posibilidad de que alguien pudiera ser feliz sin poder hacer lo que su “maestro” lograba.

Un día mientras el relojero trabajaba oyó un ruido distinto en su taller. Y por primera vez, el relojero hizo algo insólito, impensable, algo que ni la mente más perturbada, ni el delirio más loco podía sospechar. El relojero interrumpió su trabajo. Levantó las manos del cuadro de metal en el que trabajaba y esperó. El ruido no parecía tener intención de repetirse, como si quisiera, como si se atreviera a reírse de él. El artista suspiró y achacó el sonido a sus años de vejez, o a su mente cansada. Sacudió la cabeza y reanudó su trabajo. No podía permitirse distracciones. Cuando acabara con ese encargo podría ponerse a trabajar en su verdadera tarea, y entonces nada ni nadie lo interrumpiría.

Ahí estaba otra vez ese ruido. Esta vez el relojero levantó la vista de su hijo mecánico y escuchó. El ruido se asemejaba al que hacía una voz al hablar. Le costó reconocerlo, era un sonido extraño en su casa. Parecía la voz del chico de la colada. Sacudió la cabeza. Ese muchacho. ¿No sabía que estaba trabajando? No tardaría en callarse. Pero el muchacho no se callaba. Había iniciado uno de sus diálogos imaginarios y ese día estaba inspirado. No habría habido alma en esta tierra que hubiera podido acallar la ilusión infantil que nacía de su boca, y ni siquiera el relojero podía permanecer ajeno a su discurso. Así descubrió que el muchacho quería ser su aprendiz. El relojero se quedó perplejo. ¿Cómo era aquello posible? ¿De verdad aquel chico pretendía conocer sus secretos? ¿Por qué? ¿Acaso no sabía el sacrificio que aquello significaba, el dolor que acarreaba? Por primera vez en años notó una sensación extraña en su pecho. Su corazón

había latido. Aquel muchacho había conseguido enternecerle. “Imposible”, se dijo después. “Solo quiere enriquecerse con mi esfuerzo. Mañana mismo saldrá de mi casa”

El muchacho, sin percatarse de que su futuro se decidía en el taller, continuaba con su discurso, tan lleno de ilusión y de esperanza, y él parecía tan feliz imaginándose en el lugar del relojero, imaginando su futuro como tal, que el relojero no pudo quedarse impassible ante él, no pudo evitar recordar sus orígenes, tan lejanos, tan borrosos y tan claros ahora.

El chico seguía hablando, y el relojero no era capaz de centrarse, y ya no era porque la voz del muchacho le molestara, por mucho que intentara engañarse. Finalmente, el relojero se levantó y salió de su taller.

“Así que”, le dijo al muchacho, sobresaltándolo “quieres ser aprendiz, ¿eh, muchacho?”. El chico dio un salto y soltó la escoba con la que hablaba y con la que pretendía hacer que trabajaba, incapaz de articular una sola palabra. “Responde” dijo el relojero, cansado de perder tanto tiempo en algo tan irrelevante “¿Quieres sí o no?”.

“Yo... señor... sí pero... nunca... es decir... sé que no soy digno pero... si pudiera... si usted...” empezó a tartamudear el chico.

“Pues ya está”, dijo el relojero. “Tú sabrás a lo que te expones. Empezarás mañana. Ahora cállate y déjame trabajar”

“Sí señor” dijo el muchacho, seguro de estar soñando.

El relojero volvió al taller y el chico salió a la calle y se dirigió a la plaza donde estaba el mercado; allí se sentó en una esquina apartada, sin poder creerse lo que había pasado. ¿Era aquello cierto? ¿Era una ilusión? ¿Un sueño? Eso tenía que ser. Pronto despertaría y todo aquello pasaría. No debía ilusionarse. Sin embargo... si era solo un sueño... ¿no debía disfrutarlo? No pasaría nada por hacerlo. Si era solo un hermoso y dulce sueño... ¿tan malo sería aprovecharlo? ¿De verdad podrían culparle por ser feliz, aunque solo fuera en su imaginación? Un sentimiento fue apoderándose de él, hasta que no pudo contenerlo más y gritó de alegría. No le importó que la gente le mirara como a un loco. Disfrutaría de su fantasía hasta que llegara la hora de despertar. Entonces recordaría el sueño y lo repetiría. Y en el improbable caso de que fuera realidad... Ojalá llegara mañana. No entendía por qué no podía ser el día siguiente, en que el relojero le enseñaría todo. Pero... ¿a qué se había referido con que él sabía a lo que se exponía? No sería importante. Nada habría conseguido arruinar su momento.

El día pasó horriblemente despacio para el chico, y la noche no fue más corta. Llegó el amanecer con nuevas esperanzas para el muchacho, que en cuanto vio la primera luz del día se presentó en la puerta del relojero. Este no tardó mucho en abrirle y hacerle pasar, sin una sola palabra. Juntos entraron en el taller y el relojero comenzó a enseñarle. El chico descubrió que no era tan sencillo como parecía, que implicaba mucho más que toquetear engranajes. Había mucho más y era mucho más difícil. Además el relojero no le daba tregua. No parecía importarle que el muchacho tuviera que comer o dormir o descansar. A él solo le importaba enseñarle y ni siquiera mucho. Estaba con sus relojes. Si el muchacho aprendía, bien. Si no, no era su problema.

A medida que el muchacho aprendía, el relojero delegaba en él más y más, y pasaba más y más tiempo en la trastienda, trabajando en algo que solo él conocía. El muchacho se preguntaba qué sería lo que escondía tras esa puerta, pero no se atrevía a entrar.

El tiempo pasaba y una nueva y extraña historia comenzó a circular sobre el relojero, más inverosímil que cualquier otra. Se decía que, una vez, el relojero había tenido una mujer, una mujer preciosa, y que el relojero, ¡el relojero! la había amado con toda su alma. Pero que, desgraciadamente, su mujer había muerto de una extraña enfermedad, y que el relojero había enloquecido, se había obsesionado con los relojes, y que trabajaba en algo que haría volver el tiempo atrás para estar con su amada esposa.

El muchacho estaba en la taberna cuando oyó esa historia. La contaba un viejo y extraño caminante que había llegado hacía poco a la ciudad. El muchacho notó como la ira crecía en su interior, mientras el hombre hablaba. Al final no pudo contenerse y saltó. “¿Cómo se atreve a decir esas mentiras de mi maestro?”, gritó “¿Quién es usted para insultar a mi maestro? ¡Él no está loco, es un genio!”.

El hombre le miró, aunque no parecía enfadado. Es más, sonreía. “¿Dices, que eres su aprendiz?” preguntó.

“Sí señor. Y estoy dispuesto a defenderle” replicó el muchacho.

El hombre rió: “Muchacho, hace muchos años que conozco a tu maestro. Yo viví esta historia con él. Soy su hermano”.

El muchacho se quedó estupefacto, incapaz de moverse o hablar paralizado, como si un rayo hubiera caído sobre su cabeza, porque sintió que el hombre decía la verdad. Vio el parecido que tenía con su maestro, ese timbre de voz tan similar, esa mirada tan extraña y profunda, una mirada que no se podía sostener, que imponía demasiado para aguantarla...

El muchacho salió corriendo de la taberna, confuso y asustado, incapaz de creer lo que había oído. Era imposible. Le había enseñado muchas cosas, siempre había sido bueno. O... tal vez no. En realidad él nunca le había importado mucho. Y si estuviera loco eso explicaría muchas cosas. Pero no podía creerlo, no quería. Corrió hasta llegar a la tienda de su maestro en la que entró precipitadamente, llamándole a voces. Nadie contestó. Era imposible que hubiera salido, nunca salía, para eso le tenía a él. El muchacho supo en seguida dónde estaba. La trastienda.

El muchacho se quedó parado, sin decidirse a entrar. No podía entrar en la habitación privada de su maestro, pero tenía que saber... Al final entró.

“¿Qué haces aquí?” preguntó el relojero.

El muchacho no pudo responder, pues por segunda vez en el día se había quedado sin palabras, esta vez ante la visión de una máquina como ninguna otra que hubiera visto. Era grande, alta como el techo, cuadrada, un cuarto en miniatura, con un reloj inmenso en ella, un reloj extraño que no marcaba las horas, cuyas manecillas se movían de manera independiente una de otra sin seguir ninguna regla u orden. Debajo del reloj, en una pequeña mesa, había una serie de palancas y poleas, engranajes y resortes, a cuál más extraño.

“M-maestro... ¿Q-qué...? ¿Q-qué...?” intentó decir el pobre chico.

“¿Qué haces aquí?”, repitió el relojero.

El muchacho consiguió reaccionar y le contó lo que había pasado. El relojero escuchó sin hablar, sin mostrarse sorprendido ni molesto. “Es mentira. Lo es ¿verdad maestro?” dijo el chico.

El relojero continuó sin decir nada. Solo entró en la máquina y se sentó en una silla frente a las misteriosas palabras.

“¿Maestro?”

“Es cierto”, dijo el relojero. “Hasta la última palabra que ha dicho mi hermano es cierta. Pero ya da igual. He acabado. Ahora puedo volver al único momento de mi vida en el que he sido feliz”.

Y dicho esto bajó una palanca. La máquina comenzó a emitir ruidos extraños y a brillar. El muchacho tuvo que cerrar los ojos y cuando los abrió la máquina y el relojero habían desaparecido para siempre. Si llegó a reencontrarse con su mujer es algo que el muchacho nunca pudo saber, pero siguió con su trabajo y ahí sigue hoy día trabajando sus relojes como antes lo hacía el relojero, con sus relojes y su tic-tac-tic-tac-tic-tac...